



Foto: Hemeroteca Nacional Digital de México, 2025

Qué leían de los metodistas en Buenos Aires de 1890

What people read about the Methodists
in Buenos Aires in 1890



Norman Rubén Amestoy

Doctor en Teología por el Instituto Universitario Isedet (Buenos Aires). Sus áreas de especialización son: Historia del Protestantismo en el Río de la Plata e Historia de la Iglesia en América Latina. Es docente en la Facultad de Ciencias de la Religión en la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL). Correo electrónico: rubenamestoy1@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2788-2261>

Este artículo es parte de la investigación "Iglesia, misión imperio", llevada a cabo en la Facultad de Ciencias de la Religión de la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL, Rosario, Argentina), 2024-2026.

Resumen

En este estudio se efectúa un trabajo de reconstrucción de las lecturas que realizaban los miembros y simpatizantes de las sociedades metodistas en el Río de la Plata en la última década del siglo XIX. A partir de un catálogo que la Misión Metodista ofrecía a sus adherentes, rastreamos los autores a través de los datos dispersos en los *Annual Report* de la junta misionera, los programas de estudio, los periódicos, los listados de los fondos editoriales en México y Estados Unidos y las bibliotecas personales e institucionales. De la pesquisa obtuvimos un listado de obras traducidas al español, abarcando estudios de teología, historia, controversia y literatura devocional. La investigación es relevante porque además que nos permite dar cuenta de los circuitos de circulación de los textos y su importancia para el desarrollo de la misión, nos ayuda a comprender la difusión de las ideas, la diversidad de opiniones y algunos énfasis definidos del discurso protestante.

Palabras clave: metodistas, literatura, Río de la Plata.

Abstract

This study reconstructs the readings of the members and sympathizers of the Methodist societies in the Rio de la Plata in the last decade of the 19th century. Starting from a catalog that the Mission offered to its adherents, we traced the authors through the data dispersed in the Annual Report of the Missionary Board, the study programs, the newspapers, the lists of the publishing collections in Mexico and the United States, and the personal and institutional libraries. From the research we obtained a list of works translated into Spanish covering studies of theology, history, controversy and devotional literature. The research is relevant because it allows us to account for the circulation circuits of the texts and their importance for the development of the mission. On the other hand, it helps us to understand the diffusion of ideas, the diversity of opinions and some definite emphases of the Protestant discourse.

Keywords: methodists, literature, Río de la Plata.

La importancia de la distribución literaria

El viernes 11 de octubre de 1889, *El Estandarte Evangélico* publicó algunos avisos importantes de la imprenta de la Iglesia Metodista Episcopal, entre los que se anunciaba la aparición de *La Aurora*, un semanario ilustrado destinado a fungir como soporte de las Escuelas Dominicales. También anticipaba el lanzamiento de una campaña de suscripciones para *El Estandarte*, órgano oficial de la misión, y una “nueva lista de precios de libros y publicaciones” (*El Estandarte Evangélico*, 1889b, p. 7).

El listado —además de la literatura infantil y juvenil, manuales, registros e himnarios— promocionaba algunos libros “en inglés” o “en italiano” y los habituales escritos apologéticos y anticatólicos. La lista también incluía una serie de títulos que, si rastreamos sus autores —en la mayoría de los casos no mencionados en la publicidad—, podemos hacer algunas aproximaciones acerca de las lecturas que realizaban los adherentes y simpatizantes metodistas en las últimas décadas del siglo XIX y las orientaciones del pensamiento que circulaban entre ellos.

Nos hemos detenido en las obras de teología sistemática, algunos libros apologéticos de un listado donde dichas obras dominan el escenario, y una obra histórica. Los textos y los autores los pudimos reconstruir a partir de las menciones aparecidas en los *Annual Report* de la Misión, los programas de estudios del seminario de teología, las citas en los artículos de la prensa denominacional y los catálogos de publicaciones de la Misión en México y Estados Unidos. Como fruto de la investigación, logramos reconstruir un listado de textos traducidos al español, algunos de los cuales hemos

podido localizar físicamente y estudiar con mayor detalle. Entendemos que este trabajo es imprescindible y valioso al momento de analizar las ideas que circulaban en el protestantismo del siglo XIX en el Río de la Plata y en América Latina.

Entre los títulos es posible mencionar: *La vida del reverendo John Wesley* de Richard Watson, *Compendio de teología* de Amos Binney y D. Steele, *Evidencias del cristianismo* de William Paley, *El cielo* de Dwight L. Moody, *El papa y el poder civil* de William Ewart Gladstone, *Contestación del presbítero Manuel Aguas*, *Noches con los romanos* de Michael Seymour y *La mujer, el cura y el confesionario* del expadre Charles Chiniquy.

Por una información difundida meses antes del 11 de octubre, sabemos que las obras del fondo editorial provenían de la Sociedad Americana de Tratados, obras editadas por “nuestra propia imprenta” en Buenos Aires y por la Imprenta Evangélica, de México (*El Estandarte Evangélico*, 1889a, p. 7). En este aspecto hay que señalar el valioso aporte pionero del metodismo mexicano con respecto a la traducción, publicación y difusión de literatura en lengua española para el resto del continente. En este rol fue clave la labor del pastor Charles W. Drees, quien tuvo un lugar destacado como redactor del periódico *El Abogado Cristiano* de México, cuyas páginas se reprodujeron de manera permanente en *El Evangelista* de Montevideo, entre 1877 y 1886 (Drees, 1915). Cuando, en 1887, Drees fue designado a Buenos Aires, trajo consigo no solo una vasta experiencia editorial, sino también el amplio catálogo disponible de La Imprenta Evangélica, que partir de 1889 comenzó a circular en el Río de la Plata.

Charles Drees, en su función de superintendente de la Misión, además de haberle impreso un “ritmo frenético a la obra” — con una gran rotación de los ministros de acuerdo con las oportunidades misioneras que iban apareciendo—, también dispuso que la predicación del evangelio fuera dosificada con la difusión de una amplia cartera de tratados y folletos (Monti, 1976, p. 69).

La cuestión de la carencia de traducciones había sido un problema recurrente hasta entonces. En 1875, el reverendo H. G. Jackson había expuesto la situación al obispo Bowman en su informe al *board* en los Estados Unidos. En aquella oportunidad, el superintendente de la Misión se hizo eco de las manifestaciones del pastor Thomas B. Wood de la ciudad de Rosario. Allí, los hermanos “constantemente circula[ban] folletos y libros, principalmente en español, algunos en inglés, italiano y otros idiomas. Cada mes se [repartían] miles de folletos” (Fifty Seventh Annual Report, 1876, p. 43). Al parecer, los creyentes —con ayuda de los niños de la Escuela Dominical— habían emprendido esfuerzos evangelísticos a través de la distribución de tratados y porciones bíblicas en las puertas de la estación del ferrocarril central y en la zona portuaria. La literatura se vendía “siempre a un precio moderado”: “Las Biblias y los Testamentos [tenían] una demanda constante”, pero también se lograban colocar publicaciones tales como la “Historia de la reforma”, “Católicos primitivos” y “El progreso del peregrino”, entre otros títulos. El anhelo del superintendente Jackson era llegar a contar, en algún momento, con “nuestras propias publicaciones metodistas traducidas al español, y presentadas en forma atractiva para esta gente”. La literatura económica era muy difícil de hallar y la literatura evan-

gólica directamente “no [existía] en el idioma español”. De aquí la solicitud expresa al *board* misionero para que proveyera de una imprenta para elaborar abundantes publicaciones a bajo costo y con “el mejor estilo del arte moderno” (Fifty Seventh Annual Report, 1876, p. 43).

De hecho, el reparto de literatura fue una característica del metodismo en su labor proselitista (Ruiz Guerra, 1992, p. 36). Lo que impulsaba esta labor era la necesidad de tener un instrumento que pudiera responder los escritos de controversia y polémica con el catolicismo con celeridad. Por otro lado, ante la carencia de un plantel nutrido de predicadores y *colportores* (distribuidores de libros), la literatura —y especialmente el folleto, la hoja de “circunstancia” y el periódico— les facilitaba llegar a lugares de difícil acceso y a amplios territorios sin costos demasiado onerosos.

Cabe recordar que los nuevos campos de misión iban precedidos de un vasto trabajo de *colportaje*, como el realizado por Andrew Murray Milne y Francisco Penzotti, por nombrar solo los más destacados en el Río de la Plata. Los comienzos de las misiones metodistas entre el “elemento nacional” o “nativo” en Rosario, Montevideo, el Litoral y Buenos Aires tuvieron su inicio luego de verdaderas “invasiones” de biblias, tratados y folletos. La metodología de difusión no revestía demasiada complejidad. Los *colportores*, primeramente, intentaban colocar sus biblias, libros y tratados y, dependiendo de la receptividad alcanzada, en un segundo momento se estudiaba la posibilidad de reforzar el trabajo con el envío de algún predicador itinerante. El éxito de la labor inicial se medía por el volumen de ventas y los contactos con liberales, masones o “amigos de la causa” evangélica, dispuestos a apoyar la organización de

reuniones o “conferencias” de fuerte tono controversial y anticatólico.

En oportunidades, los *colportores* eran rechazados por cánticos especialmente compuestos para generar el repudio de los fieles católicos, como lo indica la partitura de los salesianos del Colegio Pío IX de Buenos Aires, en 1890: “los folletos protestantes son papeles de farsantes. Al que a mí me venga a dar yo lo mando a pasear” (Lida, 2015, p. 34).

En otras ocasiones, directamente eran agredidos y encarcelados a instancias del párroco del pueblo. A su vez, la literatura era incautada y, en algunos casos, quemada en actos públicos aleccionadores, como en las fiestas patronales desarrolladas en el pueblo de San Ramón, cercano a Montevideo (Clemens y Willing, 1882, p. 160; Monti, 1976, pp. 64-65). Sin embargo, cuando el clero y las autoridades civiles lo permitían, los distribuidores de literatura aprovechaban para ir “casa por casa”, repartiéndolo de manera gratuita folletos que difundían “historias de la Biblia”, tratados acerca de “¿Qué es menester que yo haga para ser salvo?”, breves “manuales de temperancia”, “leyendas morales” y textos con “principios de urbanidad” para niños y jóvenes, como las promocionadas en el catálogo.

Literatura piadosa y vidas edificantes

Cuando prestamos atención al catálogo y a qué leían los metodistas para alimentar la piedad, se destaca *El viador*, también titulado posteriormente como *El viaje del peregrino (Pilgrim's progress)*. Allí, John Bunyan (1628-1688) contaba las aflicciones y sufrimientos de un personaje llamado

Cristiano, que iba de este mundo hacia la eternidad, atravesando paisajes de fuertes contrastes y experimentando innumerables tribulaciones. La obra, prolífica en citas de la Escritura, brindaba una descripción alegórica de las luchas del converso en procura de una vida santificada —tema céntrico de la piedad metodista decimonónica—, fundada en la gracia y la regeneración del espíritu.

La demanda de la fe individual, canalizada a través del pedido expreso de un paso de conversión, constituía el momento decisivo y fundante con el que predica-

dor buscaba confrontar a cada oyente. Sin embargo, por otra parte, estimulaba una disposición de devoción individual manifestada en reuniones de estudios bíblicos o de oración, que eran alimentadas por este tipo de lecturas sencillas y dirigidas a una predicación centrada en la contemplación

En este estudio se efectúa un trabajo de reconstrucción de las lecturas que realizaban los miembros y simpatizantes de las sociedades metodistas en el Río de la Plata en la última década del siglo XIX. A partir de un catálogo que la Misión Metodista ofrecía a sus adherentes, rastreamos los autores a través de los datos dispersos en los Annual Report de la junta misionera, los programas de estudio, los periódicos, los listados de los fondos editoriales en México y Estados Unidos y las bibliotecas personales e institucionales.

del crucificado. Estas prácticas no estaban escindidas de una actitud positiva hacia el mundo, es decir que la exhortación a la santificación no implicaba la separación o el aislamiento de la sociedad, más allá de que la propia piedad virtuosa que los disidentes proponían los mantenía en tensión dialéctica con la tendencia a crear una subcultura disidente que afirmara su identidad wesleyana al interior de la congregación.

Entre las vidas ejemplares, el catálogo destacaba, de manera excluyente, la importancia que tenía en la construcción identitaria para los metodistas rioplatenses el conocimiento de la vida y obra del fundador del movimiento. *La vida del reverendo John Wesley* (1831) había sido escrita por encargo de la Conferencia Metodista Británica y constituyó el estudio biográfico autorizado de la ortodoxia metodista decimonónica. Su autor, Richard Watson (1781-1833), cabe recordar, fue el teólogo británico más importante del metodismo en el siglo XIX. Es interesante notar que la traducción a la lengua española se debió al especial interés del reverendo Charles W. Drees, quien la tradujo para su difusión en América Latina. El texto, desde una óptica arminiana, ponía énfasis sobre la profunda pecaminosidad del hombre y la posibilidad para que todo ser humano —no solo los escogidos— pudiera salvarse a través de la justificación por gracia, pero dando lugar a la santificación y la voluntad humana. Estos elementos, presentes en Wesley, eran resaltados por Watson, ya que en ellos radicaban las características del mensaje que habían hecho efectivo al metodismo en la frontera del oeste norteamericano. El contenido del mensaje se condensaba en el nuevo nacimiento y la regeneración a través de la experiencia individual; el rigorismo ético que abarcaba desde la prohi-

bición del alcohol hasta la lucha contra el esclavismo; la simplicidad del mensaje en torno a la gracia de Dios libre para cada persona, donde el hombre era libre de aceptarla o rechazarla, pero donde el pecador justificado debía —con la ayuda del Espíritu Santo— buscar la perfección cristiana (Watson, 1831, pp. 171-172).

Por otro lado, y más allá del rescate hagiográfico de la figura y la vida de John Wesley, es interesante notar cómo, junto a los elementos de la predicación wesleyana, se resaltaba la eficacia de la organización de los *circuit riders*, la adaptación de la eclesiología wesleyana a las poblaciones de migrantes y colonizadores diseminados en las grandes extensiones geográficas y el pastorado popular de los predicadores y jinetes itinerantes que habían hecho del metodismo una de las más grandes denominaciones de los Estados Unidos. En efecto, cuando R. Watson intentaba dar cuenta de la eficacia misionera de las sociedades americanas, resaltaba que estas habían “conservado muy honorablemente las doctrinas, la disciplina general y, sobre todo, el espíritu del cuerpo” y ello había facilitado que “su éxito [fuera] grande, e incluso asombroso, en ese país nuevo y emergente, al que su plan de itinerancia se adaptó admirablemente”. Los resultados, a su entender, eran más que evidentes. Para 1830, según datos estadísticos que manejaba el autor, el metodismo alcanzaba un “aumento anual muy grande”, con “más de dos millones quinientos mil de la población bajo su influencia inmediata” (Watson, 1831, p. 233).

Textos teológicos

Además de escribir *La vida del reverendo John Wesley*, Richard Watson desempeñó diversas funciones dentro de la

Conferencia General británica, ocupando posiciones dirigenciales dentro de la Wesleyan Missionary Society y erigiéndose como un destacado militante de la causa antiesclavista. Su obra más relevante fueron los *Theological institutes* (1821-1829), donde plasmó, en seis tomos, el primer tratado sistemático del pensamiento de J. Wesley y las doctrinas fundamentales del metodismo wesleyano en clave arminiana (Watson, 1864). Los *Institutos teológicos* fueron la fuente “estándar” del pensamiento teológico sistemático, en la cual se formaron los misioneros enviados al Río de la Plata entre 1840 y 1870, pero estos nunca fueron traducidos al español (Shipley, 1959, p. 252).

La obra de teología sistemática más importante, por su incidencia en el metodismo rioplatense, fue el *Compendio de Teología* (1840) escrito por Amós Binney (1802-1878). El texto, por muchos años, fue el único manual traducido al castellano y, además, por el dictamen de la Comisión sobre el Curso de Estudios para los Predicadores, los predicadores itinerantes y los predicadores locales tenían al *Compendio* como el texto fundamental de su formación sistemática desde primero a tercer año, en un currículo que estipulaba cuatro años de capacitación (*El Estandarte Evangélico*, 1889b, p. 4)¹. En este punto, hay que decir que, si bien los metodistas estadounidenses le habían dado una amplia recepción a los *Institutos* de Watson, la magnitud, ex-

1 El 19 de septiembre de 1889 dieron inicio las sesiones de la octava Asamblea Anual de la Misión de la Iglesia Metodista Episcopal, con la presidencia del obispo John M. Walden. Durante estas, la Comisión sobre Cursos de Estudio aprobó un dictamen sobre el plan de estudios para los predicadores. Este apareció publicado en *El Estandarte Evangélico* y nos ofrece una idea exacta de la bibliografía requerida.

tensión y complejidad de la obra la hacían poco accesible para el gran público y a los “principiantes a las órdenes ministeriales” (Maddox, 1999, p. 78). Esto contribuyó a la aparición de compendios como el de A. Binney, que apuntaba a los creyentes, los asistentes de las Escuelas Dominicales y los primeros conversos del campo misionero rioplatense. La versión en castellano que ingresó en América Latina apareció como *Compendio de teología* y fue publicada en México por la Imprenta Metodista Episcopal en 1877. El texto había sido revisado por su yerno Daniel Steele (1824-1914), del cual apareció una nueva versión inglesa en Londres, en 1862. Daniel Steele también pertenecía, como Binney, a la Iglesia Metodista Episcopal, aunque enrolado en la línea del *Movimiento de santidad*. Sus obras principales fueron en coautoría con Amós Binney, con quien, además de la versión revisada y aumentada del *Compendio de teología* (Binney y Steele, 1875), había escrito previamente el *Comentario popular* (1872).

En el *Compendio* se planteaban algunas de las ideas que luego aparecerán con toda su fuerza en *Gospel of the Comforter* (1897). Allí, Steele expresaba la necesidad de elaborar un concepto de la iglesia desde la pneumatología. A su entender, la “teología de la alianza” entre Dios y su pueblo debía ser la base sobre la cual interpretar la historia de la salvación, la idea misma de la iglesia y la escatología del *Movimiento de Santidad* en el cual estaba alineado.

El “motivo” de Pentecostés era el modelo de la experiencia con Dios, que debía inspirar a la iglesia de todos los tiempos. Para Steele, el *Movimiento de Santidad*, la santidad y el bautismo del Espíritu Santo significaban un todo inseparable, por ello, al *Movimiento de Santidad* le correspondía

acompañar a la iglesia a recibir el bautismo del Espíritu Santo. El bautismo del Espíritu Santo era lo que la iglesia necesitaba y en su acción se centraba la expectativa unificadora del reino de Dios. El Espíritu Santo tenía como principal cometido efectuar una obra purificadora y, recién en un segundo momento, llenar de poder a la iglesia.

En este punto, hay que decir que D. Steele fue uno de los primeros teólogos metodistas que adoptaron la posición de la Escuela de Oberlín, bajo la dirección de Asa Mahan y Charles Finney. Para ellos, a partir de Pentecostés, se había iniciado la dispensación del Espíritu Santo y la posibilidad de alcanzar la santidad del corazón. De hecho, según D. Steele, el bautismo del Espíritu efectuaba una “entera santificación” verdadera al “estilo metodista”, donde no solo eran “equivalentes el bautismo, la unción, la plenitud, la permanencia, la morada, la comunión constante, el sello, la señal del Espíritu Santo” sino que además expresaban “el estado de perfección cristiana” (Bassett y Greathouse, 1994, p. 316).

Otro autor que dejó una impronta de gran significancia en el contexto del Plata fue William Paley (1743-1805), proveniente de la tradición de la iglesia de Inglaterra y formado en *Christ's College*, de Cambridge, donde se graduó en 1763. Años más tarde fue autor de *View of the evidences*

of Christianity (1794), una obra apologética traducida al castellano como *Evidencias del cristianismo*, bajo los auspicios de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur. La obra fue traducida al castellano por el exsacerdote español José Blanco White, después de que se separara en 1824 del catolicismo para pasar a la Iglesia anglicana. La primera traducción fue publicada en Londres. La segunda edición revisada por el reverendo Primitivo A. Rodríguez de la *Universidad de Vanderville*, fue publicada para toda América Latina por la Casa de Publicaciones de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur.

La obra, según el reverendo Rodríguez, había sido pensada para dar herramientas apologéticas a los ministros evangélicos en la lucha contra la incredulidad y, por otro lado,

“para fortificar y robustecer la fe de los creyentes” (Paley, 1893, p. 5). En tiempos donde el racionalismo y el positivismo habían establecido la “moda [de] llamarse incrédulo” y los estudiantes de las repúblicas hispanoamericanas cedían al indiferentismo religioso, el esfuerzo editorial apuntaba a ayudar a mostrar que “la civilización de las naciones no [podía] progresar sin la moralidad”, pues, para los protestantes, era evidente que “la razón y la experiencia nos demuestran muy claramente que la moral sin la religión casi no tiene eficacia alguna”. En esta dirección, es interesante notar que, a la obra de Paley —proyectada

Ante la carencia de un plantel nutrido de predicadores y colportores (distribuidores de libros), la literatura —y especialmente el folleto, la hoja de “circunstancia” y el periódico— les facilitaba llegar a lugares de difícil acceso y a amplios territorios sin costos demasiado onerosos.

para atacar al deísmo de la religión natural en el contexto angloamericano—, cien años más tarde, los evangélicos del mundo hispano la utilizaban para “atacar, refutar, convencer y sobreponerse a los que niegan el origen divino de nuestra religión”, encolumnados en las corrientes racionalistas y positivistas de ámbito académico (Paley, 1893, p. 4).

Finalmente, entre las obras de teología, aparecía disponible para los lectores uno de los libros destinados a convertirse en un *best seller* dentro de las filas de los protestantismos. Nos referimos a *El cielo*, de Dwight L. Moody (1882), una obra escrita sobre un tema de gran interés, pero abordado con un estilo y vocabulario sencillos que estaba, desde los inicios, destinada a convertirse en un gran éxito de ventas. El pequeño escrito pretendía brindar “consuelo y edificación a muchas almas”, fortalecer y consolar a los afligidos y ayudar a que pudieran “cobrar fuerzas para mirar con mayor fe hacia aquella ciudad” situada en la “Patria Mejor” (Moody, 1882, p. 3). Esta idea se basaba en la certeza de la promesa escritural acerca de la vida más allá del sepulcro y las recompensas reservadas para los que le servían a Dios con fidelidad. Frente a los que afirmaban que las nociones cristianas del cielo eran “pura especulación”, Moody argüía que lo que las sagradas escrituras afirmaban acerca del cielo eran los conceptos que se necesitaban conocer para tener un conocimiento fidedigno de su realidad. Al preguntarse por quienes lo habitaban, el autor no dudaba en afirmar que la “Patria Mejor” era la sociedad de aquellos que habían sido escogidos y así como en “este mundo hay varias clases de aristocracia... la aristocracia del cielo [era] la de la santidad” (Moody, 1882, p. 29). Por este motivo, se podía afirmar con

seguridad que en el cielo “no habrá tabernas” y “ningún borracho heredará el reino” (p. 38) y tampoco quienes se dedicaran a las prácticas usurarias. Para Moody, después de todo, siguiendo a Charles Wesley en su himnodia:

Los santos de la tierra y los del cielo

Componen una sola comunión;

Toda la gracia del Señor recibe,

Unidos por los lazos del amor.

(Moody, 1882, p. 28)

Obras de controversia anticatólica

En la “nueva lista de precios de libros y publicaciones” de 1889, entre los títulos de polémica anticatólica se destacaba *El papa y el poder civil*, del, por entonces, ex primer ministro de su majestad la reina Victoria, William Ewart Gladstone. La versión en español apareció gracias a la edición de la *Sociedad Americana de Tratados*, en 1885, en tres tomos. El primero abordaba “Los decretos del Vaticano examinados” (1874), el segundo “Vaticianismo: respuestas a varias censuras” (1875) y, finalmente, el tercer tomo era un análisis de la “Historia del Concilio del Vaticano con el agregado del syllabus papal de errores y los decretos dogmáticos”. La obra era de lectura obligatoria para los estudiantes de primer año del curso de predicadores itinerantes del metodismo de Buenos Aires y, en ella, asentaba un virulento ataque contra los decretos de Pío IX, consecuencia del *Concilio Vaticano I* de 1870. *The Vatican decrees* se convertiría en un auténtico *best seller*, con más de 145 000 copias vendidas en los dos meses que siguieron a la publicación. Unos meses antes, Gladstone había dejado el cargo ministerial tras un largo gobierno de seis

años, caracterizado por grandes reformas, en un período en el que el Imperio británico alcanzaba el cenit de su poderío. Gladstone tenía reconocida autoridad en materia religiosa. Hijo de un acaudalado comerciante de Liverpool, con ascendencia escocesa, había querido ser clérigo de la Iglesia de Inglaterra, pero debido a la firme oposición de su padre no persistió en su llamado, sin perjuicio de lo cual fue siempre un hombre piadoso y fiel al anglicanismo.

La otra obra de controversia que leían los estudiantes metodistas en su formación como predicadores también correspondía a un anglicano, el reverendo Michael Hobart Seymour, autor de *Noches con los romanistas*. El texto se publicó en Nueva York en 1855 a través de la *American Tract Society* y fue traducida al español por el reverendo Henry Barrington Pratt (1832-1912), de la Iglesia presbiteriana. Pratt fue uno de los iniciadores de la obra evangélica en Colombia, destacado polemista anticatólico y un erudito en la traducción bíblica. Este libro, en particular, tuvo amplia circulación tanto en el Río de la Plata como en México y Colombia. Fue uno de los escritos apolo-géticos más usados por los protestantes para fundar la oposición a las devociones de la Virgen y, sobre todo, las invocaciones y las oraciones a los santos. La obra dedicaba tres capítulos para discutir la oración, la invocación y el culto a los santos (Seymour, 1855, p. 139 ss, 156 ss, 176 ss).

El autor, en primer lugar, analizaba el origen y el desarrollo histórico de las prácticas en los tiempos clásicos, ya que uno de los cometidos que tenía el cristianismo era poner en evidencia las religiones falsas. De aquí que, al estudiar el mundo pagano, era posible constatar que estaba sostenido en una mitología que enseñaba la existencia

de un sinnúmero de dioses y semidioses. La peculiaridad del cristianismo frente a ese marco era que la revelación enseñaba que había solo “UNO ES DIOS Y UNO ES EL MEDIANERO entre Dios y los hombres” (las mayúsculas son del autor original), y esta era la principal renuncia y apostasía del catolicismo, el “tener muchos *medianeros*” (Seymour, 1855, p. 173).

El origen de la práctica databa del período constantiniano, donde las grandes mayorías habían conservado en la vida privada los cultos a las divinidades tutelares y lo que había ocurrido era solo un cambio de nombre de “Júpiter en Pedro, o Juno en María”. Sin embargo, el escándalo se hacía mayúsculo porque

En algunos casos no cambiaron siquiera los nombres, y Rómulo y Remo son adorados todavía en Italia bajo los nombres modernos de San Rómulo y San Remigio, creyendo la gente sencilla que eran dos obispos santos. ¡Hasta el mismo Baco tiene quienes le adoren bajo el nombre eclesiástico de San Bacco!
(Seymour, 1855, p. 176)

La Iglesia había dejado de lado la nota distintiva del cristianismo y había adoptado una práctica “repugnante” y contraria a las sagradas escrituras.

La publicidad de 1889 también promocionaba un pequeño folleto de Manuel Aguas, quien, siendo fraile dominico, había ocupado varios cargos de relevancia en el clero mexicano, para convertirse en 1871 al protestantismo y recibir la excomunión. Ante esto, el exdominico respondió en el escrito de 71 páginas “Contestación que el

presbítero Manuel Aguas da a la excomunión que en su contra ha fulminado el señor obispo Antonio Pelagio de Labastida” (Martínez García, 2016).

El metodismo también atacó con dureza particularmente al confesionario y al fraile, ese hombre “cuyo corazón y conciencia era más negro que su vestido”, que con “avidez infernal poseía la carne y el alma de las desgraciadas esposas y las infelices hijas”. Los curas, utilizando el título que les otorgaba la religión, eran un “peligro fatal” para las mujeres en general, pues muchas de estas fieles devotas, después de pasar por la “invención satánica” del confesionario, terminaban inmersas en “la bacanal orgía”.

En el contexto de las controversias entre protestantes y católicos en América Latina, *El Estandarte Evangélico* representó el confesionario como un símbolo del poder eclesiástico romano. El periódico lo caracterizó como un medio de vigilancia sobre la vida privada, una fuente de corrupción moral y un espacio desde el cual el clero ejercía influencia política, promoviendo el fanatismo religioso y conspirando contra los principios de libertad y progreso defendidos por los sectores evangélicos (*El Estandarte Evangélico*, 1889b).

Todo este compendio de nociones anticatólicas que proferían los metodistas del Plata a través de los periódicos *El Estandarte Evangélico* y *El Evangelista* era coincidente con los conceptos que el reverendo Charles Paschal Telésphore Chiniqy (1809-1899), de la Iglesia presbiteriana, vertiera en su obra *El cura, la mujer y el confesionario* (1936). El exsacerdote, antes de convertirse al protestantismo, se había destacado por sus campañas antialcohólicas. Enfrentado con el obispo de

Chicago, Anthony O’Regan, fue excomulgado y abandonó el catolicismo en 1858. Luego comenzó a escribir folletos y libros, y como ministro presbiteriano, tuvo una destacada actividad como polemista y entre 1885 y 1899 se erigió en uno de los grandes íconos del anticatolicismo en los Estados Unidos.

El cura, la mujer y el confesionario fue otro de los libros profusamente leídos por los protestantes rioplatenses de la década decimonónica de los años noventa. En el escrito, el autor atacaba la confesión auricular pues no tenía base bíblica y tampoco existía dogma papal que la avalara hasta el siglo XIII. Luego avanzaba contra la doctrina del celibato y sus aparentes resultados inmorales, ya que, en el confesionario, las mujeres declaraban sus deseos y debilidades y los sacerdotes escogían entre ellas a sus víctimas.

Pues no exagero cuando digo que, para muchas mujeres de corazón noble, bien educadas y de pensamientos elevados, el ser obligadas a descubrir sus corazones ante los ojos de un hombre, a abrirle lo más recóndito de sus almas, los misterios más sagrados de la vida de soltera o casada, a permitirles que les haga preguntas que la mujer más depravada jamás consentiría en oír del seductor más vil, es más horrible e intolerante que el ser atadas sobre un fuego abrasador (Chiniqy, 1936, pp. 63-72).

Chiniqy reproducía en su libro párrafos completos de la influencia “fanatizadora del confesionario sobre la mujer”, haciendo referencia a la obra de Enriqueta Caracciolo, *Misterios de los conventos de Nápoles* (1864). En esta novela, la exmonja benedictina describía la vida en los conventos, donde la corrupción de los confesores llevaba a visiones sombrías, alucinaciones

históricas y el embrutecimiento de la inteligencia (Ladrón de Guevara, 1911, p. 93).

La historia de la Reforma

Por último, al revisar el catálogo, los metodistas leyeron a George Park Fisher (1827-1909), en su *Historia de la Reforma* (1891). Fisher fue un teólogo, historiador y prolífico escritor. Graduado de la Brown University en 1847, continuó sus estudios en teología en la Yale Divinity School y el Andover Theological Seminary, donde se graduó en 1851. Luego de estudios que le dieron una sólida formación en Alemania, a su regreso, en 1854, fue nombrado profesor de teología en Yale y, desde 1861, se convirtió en profesor de historia eclesiástica. En 1879, fue promovido como miembro de la American Antiquarian Society. En 1898, fue designado presidente de la American Historical Association.

La *Historia de la Reforma*² fue una obra muy difundida en América Latina, hasta bien entrado el siglo XX. Durante los años cuarenta todavía era texto de la Facultad de Teología de Buenos Aires. El original había sido publicado en 1871 y fue traducido por el presbiteriano Hubert W. Brown y publicado en 1891 por la Sociedad Americana de Tratados, con sede en Nueva York.

En el texto, Fischer abordaba la llamada “ley de abnegación” que, a su entender, era una ley constitutiva de la fe cristiana, pero diametralmente opuesta a la idea de la “regla ascética”. La abnegación exigía del creyente el gobierno de sí mismo, haciendo uso de su capacidad racional, mientras

2 Agradezco el conocimiento de esta fuente, el comentario sobre su relevancia para la formación de los ministros protestantes y el obsequio de esta obra al doctor José Míguez Bonino.

que el viejo ascetismo era una idea dañina que había entrado en la Iglesia y había llevado a una noción errónea de la religión, por la cual las personas religiosas debían “separarse de los demás”. “El ascetismo se constituyó en una muralla entre las cosas sagradas y las profanas, entre el sacerdote y los feligreses, entre la religión y la vida humana” (Fisher, 1891, p. 477).

El protestantismo había abandonado ese error y en su lugar propiciaba “una religión del espíritu y de la libertad”, pues la religión nunca debía “divorciarse de la ciencia, el arte, la industria, el recreo”. El cometido de lo religioso era promover “el bienestar del hombre en este mundo” (Fisher, 1891, p. 477). La experiencia espiritual y la piedad buscaban “penetrar toda la vida exaltándola a una consagración más sublime”. Frente al aislamiento religioso del ascetismo y una vida de indulgencia relajada del libertinaje, el protestantismo ofrecía un camino más excelente que permitía “armar la religión y la cultura” (Fisher, 1891, pp. 477-478).

Cuando el presbiteriano George P. Fisher analizaba la relación del protestantismo con la cultura y la civilización, no veía demasiada complejidad para establecer una perspectiva comparativa con el catolicismo, dado que era posible puntualizar los respectivos desarrollos e influencias en los países donde eran religiones mayoritarias. Para dicho análisis se apoyaba en el historiador inglés Thomas B. Macaulay, quien, después de reivindicar la obra del catolicismo en la Edad Media (sobre todo en el ámbito de la educación, la morigeración de las costumbres y los límites impuestos a los príncipes), desde el siglo XVII al XIX se había interesado en salvaguardar sus dominios, haciendo caso omiso a las críticas fundadas de la Ilustración. Por su parte,

el protestantismo había tenido un proceso inverso y las naciones bajo su impronta presentaban evidencia de “poder físico, economía, inteligencia, buen gobierno y moralidad” (Fisher, 1891, p. 446).

Según G. P. Fisher, el principal aporte de la disidencia había sido el desarrollo de las libertades civil y religiosa. Allí era donde el protestantismo infundía respeto a los derechos del individuo y, por lo mismo, favorecía la libertad. A fin de ser contundente, retomaba a Alexis Tocqueville, quien, al analizar a la América británica, percibía que había sido poblada por hombres que después de sacudir el yugo del papa, rehusaron reconocer otra supremacía religiosa. Instalada en el Nuevo Mundo, la religión protestante había contribuido a establecer la república y los valores democráticos en los asuntos públicos. El catolicismo no era enemigo de la democracia porque no negaba la igualdad, pero la diferencia radicaba en que esta era entendida como la sujeción de todos, altos y bajos, al sacerdocio. Esto, para Fisher, era peligroso porque, por un lado, generaba un hábito mental desfavorable tanto a la libertad personal de los individuos como a la conservación política y, por el otro, acentuaba “la tendencia entre los jefes eclesiásticos de fortificar su dominio formando una alianza con el absolutismo en el Estado” (Fisher, 1891, p. 448). En el caso de las naciones protestantes, se ha-

bía desarrollado la idea del respeto del libre examen, la libertad de pensamiento y la conciencia moral de los demás, evitando la compulsión en cuestiones de fe religiosa.

La religión ponía límites a “las pasiones humanas” y al “egoísmo” y era un estímulo para un desarrollo intelectual “sano y fructuoso” (Fisher, 1891, p. 468). Frente a la crítica del catolicismo de que la Reforma Protestante era la causante del desenfreno y la anarquía —dado que proporcionaba a todos el derecho de formar sus propias creencias—, Fisher aducía que este derecho y la libertad inherente iban de la mano de la ética de la responsabilidad.

Cuando el protestantismo deja al individuo en libertad de escoger sus propias creencias, no quiere poner en duda la importancia de los sentimientos y obligaciones religiosas. El protestantismo nutre un espíritu investigador; pero una religión que como el cristianismo se propaga por medio de la persuasión, y apela a la razón y a la conciencia, saca provecho con el transcurso del tiempo de la plena investigación de sus doctrinas y pretensiones (Fisher, 1891, p. 468).

Ante la crítica, que responsabilizaba al protestantismo de los males del racionalismo moderno, la perspectiva histórica indicaba que si había una causal del escepticismo y la incredulidad en la modernidad, esta era producto de una “reacción contra

El cura, la mujer y el confesionario fue otro de los libros profusamente leídos por los protestantes rioplatenses de la década decimonónica de los años noventa. En el escrito, el autor atacaba la confesión auricular pues no tenía base bíblica y tampoco existía dogma papal que la avalara hasta el siglo XIII.

las doctrinas y prácticas supersticiosas enseñadas por la Iglesia”, la protesta contra el “epicureísmo” de la escolástica y “la vida mundanal de los custodios oficiales de la religión” (Fisher, 1891, p. 469). El protestantismo, por su parte, había contribuido a poner un freno a partir de su “férvida vida religiosa”, que había puesto “una barrera eficaz a la extensión de la incredulidad” (p. 469). La evidencia histórica mostraba que el principio de autoridad defendido por la Iglesia de Roma no era un elemento eficaz para frenar la irreligión. El intento de “ejercer un gobierno indebido sobre la razón y la conciencia del individuo” producía el efecto contrario y despertaba un “espíritu de rebelión”. Según Fisher, “la retención de creencias y costumbres supersticiosas en una era de ilustración” redundaba en falta de credibilidad. La imposición de las ideas no despertaba mayor convicción y, antes que la aceptación ciega de las tradiciones de la iglesia, era preferible someter las convicciones a un “examen concienzudo” (p. 471).

Reflexiones finales

En este estudio hemos podido notar cómo la experiencia obtenida por el doctor Charles Drees durante su ministerio en México, fue decisiva para comenzar a zanjar una vieja deuda que el metodismo tenía con sus feligreses y simpatizantes en el Río de la Plata: La provisión de literatura en español para el crecimiento de la piedad, la reflexión y el pensamiento y la construcción de una incipiente red de circulación continental que se habría de desarrollar en las décadas siguientes. La distribución de literatura a través del *colportaje* fue un instrumento muy valorado por las sociedades religiosas protestantes ya que le permitían potenciar el mensaje más allá de las paredes del templo y alcanzar zonas de difícil acceso.

Al analizar la literatura difundida no encontramos una línea de pensamiento dominante o excluyente, sino un amplio arco de corrientes y opiniones dentro del marco de la misma tradición wesleyana (metodismo británico, norteamericano, movimiento de santidad), como la incorporación de diferentes corrientes (pietistas, reformadas y episcopales) más allá de la denominación. En cuanto a la piedad, es posible señalar un interés por instar a los creyentes a una vida de santificación y el cultivo de las prácticas espirituales. También las lecturas buscaban con insistencia producir cambios especialmente con respecto a la moral. Esto incluía cosas tales como: abandonar las viejas prácticas religiosas, no asistir a fiestas católicas, no beber, no fumar, no bailar, no participar en corridas de toros, riñas de gallos o carreras de caballos, observar una estricta vida marital y familiar, asumir conductas ejemplares en el ámbito laboral, no participar en rencillas con el vecindario y ser un miembro activo de la congregación, lo cual incluía, además de la asistencia de toda la familia a los diferentes programas de la iglesia como cultos, reuniones de oración, escuela dominical, reunión de jóvenes, visitar a los enfermos y “hablar del evangelio” a los familiares y vecinos.

En la recuperación que se hacía del fundador del movimiento a través de *La vida del reverendo John Wesley*, R. Watson en su pequeña obra, si bien repasaba los lugares comunes del anecdotario del padre del metodismo, no dejaba de resaltar los elementos arminianos junto al énfasis en la pecaminosidad radical del hombre, el libre acceso a la salvación de todo individuo y la necesidad de una “decisión de fe”. Este aspecto de la “decisión personal”, cabe recordar, era uno de los aspectos que los misioneros en el Río de la Plata considera-

ban parte del “genio misionero metodista” que portaba la mediación norteamericana. En efecto, la misión wesleyana en el Plata estaba atravesada por la experiencia de la conquista de la frontera oeste, donde había confrontado con la predestinación calvinista y había salido victoriosa en el otorgamiento de dar lugar a la participación del hombre devenido en creyente. Este metodismo de frontera se caracterizaba por el énfasis en la experiencia religiosa personal y subjetiva, la agresividad misionera, la falta de rigurosidad y pulcritud teológica de las fórmulas dogmáticas y el desarrollo de un activismo en clave social en favor de las grandes banderas humanistas de emancipación, abolicionismo, progresismo, perfeccionamiento de sí mismo y reforma social. Por lo demás, la traducción de obras como *El cielo* de Moody, reflejaban el interés por difundir traducciones y pequeños tratados y ejemplares apologéticos abordados con un estilo y vocabulario sencillo y popular.

Tanto el *Compendio* de Binney como las *Evidencias* de Paley eran manuales de teología concisa que procuraban ser un soporte para los creyentes, estudiantes y predicadores itinerantes. Escritos en lenguaje simple, intentaban abordar los inte-

rrogantes complejos para dar respuestas a la gente común. Estos materiales habían sido de probada eficacia en el contexto de los *circuit riders* norteamericanos de la primera mitad del siglo XIX. En ese ámbito, la eficacia organizativa de los “circuitos”, la adaptación de la eclesiología wesleyana a las poblaciones de migrantes diseminados en las grandes extensiones y el pastorado popular de los jinetes itinerantes que habían cooperado no solo a tener un crecimiento notable haciendo del metodismo una de las más grandes denominaciones de los Estados Unidos, sino que le habían ayudado a descubrir su “genio” misiológico.

Finalmente, a nuestro entender, la falta de textos de carácter académico —según los cánones de los seminarios norteamericanos, británicos y alemanes de la segunda parte del siglo XIX— estaría mostrando en alguna medida, si no la oposición al menos cierta resistencia por la literatura académica, o, dicho de otro modo, la persistencia de la tendencia antiintelectual que el metodismo había mostrado en los inicios de la misión en tierras norteamericanas y la relación no del todo fluida, entre la experiencia espiritual de los *awakening*, la educación y los desarrollos intelectuales.

Referencias

- Bassett, P. M. y Greathouse, W. M. (1994). *Explorando la santidad cristiana; Los fundamentos históricos* (tomos I-II). Casa Nazarena de Publicaciones.
- Binney, A. (1840). *Theological compend: Containing a system of divinity or a brief view of the evidences, doctrines, morals, and institutions of Christianity, designed for the benefit of families, bible classes, and Sunday-Schools*. Hitchcock & Walton.
- Binney, A. y Steele, D. (1875). *Theological compend improved*. Nelson & Phillips.
- Chiniquy, Ch. P. T. (1936). *El cura, la mujer y el confesionario*. La Aurora.
- Clemens, E. J. y Willing, J. F. (1882). *Rosario*. Rand, McNally & Company.
- Drees, A. M. C. (1915). *Thirteen years in Mexico (from letters of Charles W. Drees)*. The Abingdon Press.

- El Estandarte Evangélico* (19 de julio de 1889a). Año VII, n.º 314, Buenos Aires.
- El Estandarte Evangélico* (11 de octubre de 1889b). Año VII, n.º 326, Buenos Aires.
- Fifty Seventh Annual Report of The Missionary Society of the Methodist Episcopal Church* (1876). Printed for the Society.
- Fisher, J. P. (1891). *Historia de la Reformaación*. Sociedad Americana de Tratados.
- Gladstone, W. E. (1874). *The Vatican decrees in their bearing on civil allegiance*. John Murray.
- Gladstone, W. E. (1875). *Vaticanism: An answer to reproofs and replies*. John Murray.
- Ladrón de Guevara, P. (1911). *Novelistas, buenos y malos*. El Mensajero de la Compañía de Jesús.
- Lida, M. (2015). *Historia del catolicismo en la Argentina*. Siglo XXI.
- Maddox, R. L. (1999). Respected founder/neglected guide: the role of Wesley in American Methodist Theology. *Methodist History*, 37(2), 71-88. <https://api.semanticscholar.org/CorpusID:170010683>
- Martínez García, C. (2016). *Manuel Aguas: de sacerdote católico romano a precursor del protestantismo en México (1868-1872)*. CUPSA.
- Monti, D. (1976). *Ubicación del metodismo en el Río de la Plata*. La Aurora.
- Moody, D. L. (1882). *El cielo*. Imprenta de la Iglesia Metodista Episcopal.
- Paley, W. (1794). *View of the evidences of Christianity*. R. Faulder.
- Paley, W. (1893). *Evidencias del cristianismo*. Casa de publicaciones de la Iglesia Metodista Episcopal del Sur.
- Ruiz Guerra, R. (1992). *Hombres nuevos: Metodismo y modernización en México (1873-1930)*. CUPSA.
- Seymour, M. H. (1855). *Noches con los romanistas*. Sociedad Americana de Tratados.
- Shiple, D. C. (1959). The development of theology in American Methodist in the nineteenth century. *London Quartely & Holborn Review*, 184, 249-254.
- Watson, R. (1831). *The life of the Rev. John Wesley*. John Mason.
- Watson, R. (1864). *Theological institutes, evidences, doctrines, morals, and institutions christianity* (vols. I-II). Carlton & Philips.